

IMPLICACIONES DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN EN EL MUNDO EDUCATIVO

Consolación Isart Hernández

CONGRESO DE PROFESORES

“NUEVA EVANGELIZACIÓN, NUEVA ESCUELA. REDESCUBRIR LA ALEGRÍA DE LA FE”

DELEGACIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA MADRID

8 DE MARZO DE 2013

I. Sí, también hoy ¡es posible educar!

Sófocles, el famoso dramaturgo griego de mediados del siglo V a. Xto., en una de sus mejores tragedias, *Edipo Rey*, definió al hombre como “deinós”, palabra con dos significados muy diversos. ¿Qué quería decir el magistral poeta? El hombre es hábil y terrible al mismo tiempo, extraordinario, pero también peligroso. En esa doble faceta se irá descubriendo el protagonista a sí mismo a lo largo de la tragedia, en una caída vertiginosa desde la cumbre de la excelencia hasta la más absoluta miseria; el hombre es un misterio insondable. Lo reconocían los antiguos y lo han reconocido todos los que lo han estudiado de cerca. “Cada persona es un misterio y un tesoro – nos dice Rojas-, algo que hay que ir resolviendo y desvelando; un ser valioso que conviene poner en ruta hacia lo mejor de su destino”¹. Esta es la tarea del educador y por eso también ella, la misma educación, ha estado siempre, de algún modo, envuelta en el misterio. ¿A qué se refiere este misterio? A la libertad humana.

1.- El porqué de la emergencia educativa

Benedicto XVI ha aludido con mucha frecuencia en los últimos años, a lo que se ha dado en llamar “emergencia educativa”: “educar nunca ha sido fácil y hoy parece ser cada vez más difícil [...]. Por eso, se habla de ‘una gran emergencia educativa’, confirmada por los fracasos en los que muy a menudo terminan nuestros esfuerzos por **formar personas sólidas [...]** y por **dar un sentido a sus vidas**”².

Es cierto que educar nunca ha sido fácil, ni ahora ni antes (no es cierto que tiempos pasados fueran mejores). Sin embargo, es verdad que hoy asistimos a un cambio cultural más profundo que el giro de pensamiento propuesto por la

¹ E. Rojas, *Conquista de la voluntad. Cómo conseguir lo que te has propuesto*, Booket, Madrid, 2006, 22.

² Benedicto XVI, *Mensaje a la diócesis de Roma sobre la tarea urgente de la educación*, 21.I.2008.

Ilustración, en la Revolución Francesa; el modelo axiológico actual –muy fuerte y muy negativo- ha tocado el núcleo más íntimo de la persona, provocando una profunda grieta en la antropología; el hombre ha olvidado su verdadera realidad, poniendo en cuestión la identidad de su mismo ser.

¿En qué sentido? Por un lado, la educación actual nos muestra como real un concepto de autonomía humana que resulta ser falso, al presuponer que cada uno puede desarrollarse por sí mismo, de forma independiente y sin la implicación de los demás, como si ésta significara imposición. Es lo que afirma la teoría deconstructivista de la educación –Foucault, como paladín- quien asegura que la escuela quita libertad por transmitir valores heredados; su propuesta –todos la conocemos- es que padres y educadores contemplen como meros espectadores el desarrollo del niño. Sin embargo, el joven, abandonado a su individualismo, se convierte en prisionero de sí mismo, de sus gustos y apetitos, de las modas imperantes del momento. Los resultados no han podido ser más perniciosos.

Olvida, lamentablemente, que la autonomía no es un simple proceso biológico, sino el fruto maduro de un largo trabajo formativo. Olvida que la autonomía es la cumbre de la madurez personal, que siempre está como meta, nunca en el inicio del proceso educativo. Esto nos habla de un problema más hondo: la crisis de la educación es, en el fondo, crisis de acompañamiento y dejación de la responsabilidad del adulto. Muchas veces por miedo a influir en el otro, por comodidad o, incluso, por desconfianza en la propia tarea educativa, el adulto se evade, olvidando que: “el yo llega a ser él mismo sólo a partir del tú y del vosotros; está creado para el diálogo, para la comunión [...] y sólo en el encuentro con el tú y el nosotros se abre a sí mismo³”. Es evidente que nadie puede llegar a una realización plena⁴ sin la ayuda los demás⁵.

Por otra parte, las nuevas tecnologías están configurando un modelo de pensamiento empobrecido. Cada vez son más los filósofos contemporáneos que hablan del pensamiento light⁶ imperante, que termina siendo el pensamiento único, el dominante, el políticamente correcto, el que nadie se atreve a contradecir. Vivimos, además, en la cultura de la eficacia, buscando exclusivamente la rentabilidad del cómo (criterio economicista, no educativo), tratando de emplear el mínimo tiempo y con el mínimo esfuerzo, para obtener los mejores resultados; es decir, la persona hoy se interesa más por el método (el cómo) que por el fin (el porqué), pues el cómo se aprende de forma rápida y en seguida es gratificante. Hoy

³ Benedicto XVI, *Discurso a la LXI Asamblea de la Conferencia Episcopal Italiana*, 27.V, 2010.

⁴ Cf. A. Llano, *La vida lograda*, Ariel, Barcelona, 2002.

⁵ Cf. I. Enkvist, *La educación en peligro*, Eunsa, Pamplona, 2010, 37-40. El falso protagonismo del educando, organizando su propio trabajo y construyendo el conocimiento, está haciendo pensar que el aprendizaje es solo y siempre autoaprendizaje. Sin embargo, la panacea del aprendizaje no es cierta. La educación del hombre pasa obligatoriamente por su dimensión social y comunitaria (*co-munus*, con la misma tarea).

⁶ Cf. E. Rojas, *El hombre light*, Temas de hoy, Madrid, 1991 (11ª).

apenas hay que esperar por nada y, de hecho, cada vez nos pone más nerviosos la espera. Educar, sin embargo, es un proceso permanente que implica todo lo contrario, necesita intrínsecamente del tiempo, y... de mucho tiempo.

Dicho de otro modo, la educación se ha quedado sin fines y se ha olvidado, por tanto, de que es un arte para la vida, de que el ser humano es un “homo vocatus”, es decir, ha sido llamado a la vida y es invitado a dar una respuesta haciéndose su autor.

2.- Entre la tradición y el futuro

Con todo, hoy también es posible educar. Benedicto XVI nos lo ha recordado, lleno de esperanza, una y otra vez, en sus más de cien intervenciones relacionadas con el mundo educativo, a lo largo de los casi ocho años de su Pontificado. El número es un dato más que significativo sobre la importancia del tema. En su magisterio ha insistido repetidamente en un aspecto que apenas ha llamado la atención: la importancia de unir tradición eclesial y sentido de “koinonía”, comunidad; esto cabe perfectamente en el contexto de la comunidad educativa, porque no empezamos cada uno de cero, somos depositarios de un tesoro, herederos de un bagaje cultural que hemos de asimilar, custodiar y transmitir.

Es cierto que no está de moda hablar de tradición, pero no podemos obviar que nacemos con un pasado, no sólo genético, sino también histórico, cultural y religioso. En él nos apoyamos, querámoslo o no. El profesor J. M. Esteve afirma, en su libro *Educación: un compromiso con la memoria*, que la educación es, ante todo, ser fieles a la memoria heredada. ¿En qué sentido?: “durante siglos –dice él- hemos educado a nuestros hijos sin los consejos científicos de la Pedagogía o la Psicología, que son ciencias relativamente recientes; para educar a sus hijos, las personas se han basado en el sentido común y en la memoria de la experiencia acumulada a lo largo de sus vidas⁷”. Junto a esta tarea personal, aparece el auxilio de la experiencia colectiva. “Hay experiencias y acontecimientos que yo no he vivido, pero las personas que las vivieron nos han hecho llegar sus relatos, a través de la Historia y de la Literatura, hasta hacernos comprender la grandeza o el horror de acontecimientos del pasado⁸”. Las consecuencias no pueden ser más lógicas: hay que distinguir entre los valores que dieron calidad a unas vidas frente a actitudes y comportamientos que las degradaron. Distinguir primero y transmitir luego para enseñar a vivir una vida digna. Éste es el reto.

Así, podemos decir, con el profesor Vilanou⁹, que las vivencias de los otros han convertido nuestra historia personal en historia narrativa que trasciende, al

⁷ Octaedro, Barcelona, 2010, 13.

⁸ Id., 14.

⁹ Cf. C. Vilanou Torrano, *La educación, un arte extasiológico*, Fernando Rielo, Madrid, 2009, 11-38.

abrirse a los otros en un acto de entrega y acogida plenamente humano. La educación ha pasado a ser donación de saberes y de seres, es decir, evangelización.

Sólo la tradición nos ayuda a entender el pasado para poder preparar el futuro (no adelantarlo, pero sí prepararlo). Negar esta realidad supone, en definitiva, negar la identidad del mismo hombre, olvidar el pasado, vaciar el presente y privarnos de las armas para poder afrontar el futuro. El hombre no puede renunciar a la cultura que le ha constituido; no se trata de adoptar una actitud mimética o de simple admiración ante algo que se cree “definitivo”, ni mucho menos. Al contrario. Se dice que vamos a hombros de un gigante; es la tradición la que nos lleva (no supone ninguna carga para nosotros, como a veces quieren hacernos ver); no llevamos el peso de milenios en nuestras espaldas; al contrario, nos apoyamos en los logros y descubrimientos de nuestros antepasados para mirar desde más arriba y más lejos. ¿El ideal? Asumirla y recrearla para poder lanzarnos a nuevos proyectos culturales.

Romper con la tradición –idea insistente en el pensamiento, por ejemplo, de Derrida- conduce siempre a la ruina, significa construir sin cimientos, conscientes de que en breve todo quedará por los suelos. Si esto vale referido para cualquier educación, en el terreno de la fe se hace mucho más dramático. Nuestra fe se apoya no sólo en la tradición doctrinal, sino sobre todo en tantos testigos que nos han precedido en el camino y son para todos nosotros estrellas luminosas que orientan y dan luz.

3.- Educar es algo más que...

Hablar de nueva evangelización en el mundo educativo nos lleva, en primer lugar, a reconocer que Dios es quien da el primer paso y nos ha puesto en el camino; por tanto, no se trata de una apuesta personal, sino que somos llamados para la misión¹⁰. En segundo lugar, la evangelización educativa nos invita a preguntarnos por el sentido de educar, pues la confusión del término es cada vez mayor. Kant afirmaba que el hombre es la única criatura que ha de ser educada (carece de instinto). Todo lo que la persona ha de ser no lo logra de forma natural, sino que ha de aprenderlo a lo largo de toda la vida, ejerciendo su propia libertad y dejándose ayudar por otros. Recibe como don de Dios la dignidad ontológica de su ser sin ningún mérito por su parte, pero, por su obrar, consigue o pierde la dignidad moral, humanizándose o des-humanizándose. Una auténtica educación buscará la plenitud total de la persona, es decir, su felicidad completa.

En esta acción humanizadora, el educador ha de llevar a cabo una auténtica labor de orfebrería, de minucioso detalle, para potenciar una persona armónica, libre, independiente, que sepa gobernarse a sí misma. ¿Cómo se logra esto? “Maestro, ¿dónde vives?” (Jn 1,38), le preguntan Juan y Andrés a Jesús. Al

¹⁰ Cf. Domínguez Prieto, X. M., *El profesor cristiano: Identidad y misión*. PPC, Madrid, 2011, 141.

verdadero Maestro se le pregunta por la vida, no por una técnica o por una doctrina; se le pregunta por una morada que haga la vida auténticamente humana. Curiosamente, si nos fijamos, descubrimos que la pregunta de los discípulos se convierte en respuesta a la pregunta inicial del Maestro: “¿qué buscáis?” (id). Descubrimos en este pasaje la pedagogía más extraordinaria, el fin de toda educación. Porque, en realidad, educar es un suscitar preguntas y un enseñar a buscar¹¹ y encontrar respuestas de sentido, a encontrarse con el Maestro. Pero vayamos por pasos.

En primer lugar, por tanto, educar implica siempre una relación personal entre el educador y el educando, muy distinta a la que puede tener ese mismo profesor cuando escribe un libro o pronuncia una conferencia por radio. Volvamos una vez más a la antigua Grecia, donde nació el término y el oficio, y prestemos atención a cómo lo ejercía el propio Sócrates con los que se le acercaban, practicando la doctrina que él mismo bautizó como la mayéutica, “el arte de dar a luz”. En realidad, no fue sólo él -aunque sí el primero-; todos los grandes maestros de la antigüedad greco-latina consideraban que la verdadera educación se producía siempre desde el interior de la persona; como si se tratara de un camino ascendente desde lo inferior a lo superior, desde lo más sencillo a lo más complejo, desde lo sensible a lo inteligible, desde lo temporal a lo eterno. ¡Es lo que se llamaba la paideia clásica, el primer modelo consciente de la formación humana!

Esta pedagogía de la interioridad va a suponer desde el comienzo una palestra de la perfección. Platón, por ejemplo, lo llevó a cabo de forma magistral, sirviéndose de la filosofía como itinerario ideal de formación humana. Gracias a ella, el hombre asciende desde la apariencia hasta la verdad. Cinco siglos antes del nacimiento de Cristo, este gigante del pensamiento ya había comprendido que el deseo de descubrir la verdad, superando el mundo de las imágenes sensibles, va inherente al propio ser del hombre y que ésta -la verdad- es mucho más que el saber, pues conlleva, además, el conocimiento del bien. Todos recordamos el famoso mito platónico de la caverna, donde nos presenta el mundo de las sombras y el de la realidad. Podemos traerlo sin más hasta nuestros días y a la educación contemporánea, pues sigue resultando tan actual como entonces.

Lo que harán los Padres griegos unos siglos más tarde será identificar esa verdad, belleza y bondad con Dios mismo, suma Verdad, suma Belleza, suma Bondad. Van a perfeccionar el modelo y al “hablar bien” de los antiguos, incorporarán el pensar bien y el obrar bien. El camino estaba tan bien trazado que apenas hubo nada que corregir.

La educación auténtica -la platónica, en su momento, y la nuestra, hoy en día- no debe sólo ejercitar los ojos de los educandos para que resistan la luz, sino

¹¹ Cf. J. Granados-J.A. Granados, *La alianza educativa. Introducción al arte de vivir*, Burgos, Monte Carmelo, 2009, 2-22.

que procurará que aprecien tanto la luz excelsa de esa región que se decidan a vivir ya allí para siempre¹²; se trata, en definitiva, de mirar más allá de las cosas penúltimas y lanzarse a la búsqueda de las últimas, las verdaderas¹³.

Qué es el hombre, por tanto, para el cristianismo. Responde Benedicto XVI: “un ser que alberga en su corazón una sed de infinito, una sed de verdad –no parcial, sino capaz de explicar el sentido de la vida- porque ha sido creado a imagen y semejanza de Dios”¹⁴. Educar, por tanto, significa “hacer salir”, “dar a luz”, suscitar en el educando la pasión por la verdad, la belleza, el bien, por encontrarse con la Verdad misma. Benedicto XVI lo recordó en su *Mensaje a la diócesis de Roma sobre la tarea urgente de la educación*: “sería muy pobre la educación que se limitara a dar nociones e informaciones, dejando a un lado la gran pregunta acerca de la verdad, sobre todo acerca de la Verdad que puede guiar la vida”¹⁵.

Es lo que busca Jesús, el Maestro por excelencia¹⁶, en el Evangelio: que cada hombre que se encuentra con él nazca de nuevo. Nicodemo es un modelo excelente; acompañado por la autoridad del Maestro, va desprendiéndose del hombre viejo, para que surja el nuevo, fruto del nacimiento al que le invitaba el Maestro. Les ocurre de modo similar a los discípulos de Emaús; huyen de Jerusalén agotados por el peso de sus hombres viejos, pero, al calor de la conversación con el Maestro (“¿no ardían nuestros corazones?”), con la fuerza de su compañía cercana, vuelven también ellos a nacer y, sin recordar fatigas del camino, regresan rápidos a Jerusalén para ser testigos de lo que han visto y oído. Son también ellos ya unos hombres nuevos. Podríamos fijarnos uno por uno en los personajes que se van encontrado con el Señor a lo largo de las páginas del Evangelio. En cada uno de ellos se ha producido el mismo proceso: un encuentro con el Maestro que cautiva con su Persona, una luz interior y una fuerza inquebrantable ante la seguridad de su enseñanza. Uno tras otro abandonan sus hombres viejos y nacen a una vida plenamente humana.

Es entonces cuando la educación se convierte en evangelización.

II. No lamentos, sino acción

¿Está todo perdido? Ni mucho menos. Basta con encontrar educadores que, en vez de lamentarse –muy cómodo, pero muy inútil-, se dediquen, en primer lugar, a mirar al Maestro y, luego, a imitar su método educativo. Pasamos, pues, en

¹² Cf. Introducción de Victorino Capánaga, en *De Magistro. Obras completas de San Agustín*, BAC, 2009 (5ª ed.). Vol. III, *Obras filosóficas*, ed. bilingüe.

¹³ Cf. Benedicto XVI, *Discurso al mundo de la cultura*. Colegio de los Bernardinos, París, 12.IX, 2008.

¹⁴ Benedicto XVI, *Mensaje para la celebración de la XLV Jornada Mundial de la Paz: educar a los jóvenes en la justicia y la paz*, 8.XII, 2011.

¹⁵ 21.I.2008.

¹⁶ En palabras de S. Clemente de Alejandría, se trata del Pedagogo, título que da a una de sus obras. Dios ama tanto al hombre que se hace su pedagogo en Cristo, indicándonos el camino recto a la verdad, a la visión total de Dios.

esta segunda parte de la intervención a exponer las **respuestas creyentes** que podemos ofrecer al mundo educativo: la respuesta de la fe, de la esperanza y de la caridad.

1.- Pasión por la educación, es decir, creer en ella. Ante las dificultades reales del momento actual, El Santo padre nos alerta: “¡No tengáis miedo! En efecto, todas esas dificultades no son insuperables [...] Son la otra cara de la medalla del don grande y valioso que es nuestra libertad, con la responsabilidad que justamente implica”¹⁷.

Sólo es posible educar si creemos, no sólo en la educación, como una teoría abstracta, sino también y, sobre todo, en los educandos que tenemos delante (a pesar de su inconstancia, de su afectividad desbordada, de su impulsividad...). Si de verdad creemos en ellos, seremos capaces de pedirles lo mejor de sí mismos y de gastar nuestras vidas a su lado. En frase de Timon David, “a los jóvenes, si se les pide poco, no dan nada; si se les pide mucho, dan más”; ¡lo dan todo!, corregirá, tras años de experiencia, el Siervo de Dios T. Morales.

2.- Esperar en tiempos de crisis. Todos lo sabemos. Sólo es posible educar si nos llenamos de esperanza. Los educadores debemos cambiar de actitud y ofrecer a los jóvenes razones para vivir y esperar. Necesitan un compañero de viaje, capaz de responder a sus preguntas más íntimas, a su sed de sentido, que se eclipsa con frecuencia por las modas del momento.

Una vez más Benedicto XVI nos da la solución: “sólo una esperanza fiable puede ser el alma de la educación [...]. Hoy nuestra esperanza se ve hostigada desde muchas partes y también nosotros, como los antiguos paganos, corremos el riesgo de convertirnos en hombres sin esperanza y sin Dios en este mundo’ [...] Precisamente de aquí nace la dificultad más profunda para una verdadera obra educativa, pues en la raíz de la crisis de la educación hay una crisis de confianza en la vida [...]. Sólo Dios es la esperanza que supera todas las decepciones¹⁸”. Para el cristiano, la educación no cuenta sólo con las fuerzas meramente humanas, sino que es también acción divina. ¡Nuestra esperanza no es vana!

3.- Amar al educando. No hay educación si no hay entrega incondicional al educando. Es el único modo de enseñar al otro a salir de sí mismo, de su propio egoísmo, para ser capaz de un amor auténtico. Pero ¡cuidado!, Amar a nuestros educandos no significa, ni mucho menos, evitarles disgustos. Las dificultades forman parte inherente de cualquier tarea formativa. Al hablar Benedicto XVI de las exigencias de toda educación que quiera ser verdadera, pone, en primer lugar, la de la cercanía y la confianza que brotan del amor, pero inmediatamente la de enseñar a sufrir:

¹⁷ Benedicto XVI, *Mensaje a la diócesis de Roma sobre la tarea urgente de la educación*, 21.I.2008.

¹⁸ Id.

“También el sufrimiento forma parte de la verdad de nuestra vida. Por eso, al tratar de proteger a los más jóvenes de cualquier dificultad y experiencia de dolor, corremos el riesgo de formar, a pesar de nuestras buenas intenciones, personas frágiles y poco generosas, pues la capacidad de amar corresponde a la capacidad de sufrir y de sufrir juntos¹⁹”.

Necesitamos educadores valientes (testigos), que comprendan y valoren todo lo que de bueno tienen los jóvenes, pero que a la vez sean capaces de llamar la atención, de orientar, de corregir, si fuera necesario, pues deseduca quien finge que no ve para evitar el compromiso. En palabras de Benedicto XVI: “a medida que el niño crece, se convierte en adolescente y después en joven; por tanto, debemos aceptar el riesgo de la libertad, estando siempre atentos a ayudarlo a corregir ideas y decisiones equivocadas. En cambio, lo que nunca debemos hacer es secundarlo en sus errores, fingir que no los vemos o, peor aún, que los compartimos como si fueran las nuevas fronteras del progreso humano”²⁰. La corrección es la caridad más exquisita. En realidad, sólo corrige quien mucho quiere, quien de verdad está “comprometido” con el otro.

Doble reto

Dos son los retos que señalábamos al comienzo: formar personas sólidas y dar sentido a sus vidas. ¿Cómo lograrlos?

1.- Formar personalidades sólidas

El proceso educativo –hasta alcanzar la madurez- ha de lograr un desarrollo armónico de la dimensión física de la persona (para sobrevivir) y un crecimiento de su dimensión psicosocial (para afirmar su yo). Pero esto solo no basta, pues la auténtica madurez requiere una formación de la dimensión espiritual que es la que logra la unidad de toda la persona, dándole un sentido trascendente y la posibilidad de que se posea a sí misma. Este aspecto es el de mayor dificultad, dado que exige un cuidado especial de lo que hay en el hombre de huella de Dios, aspecto que con frecuencia la educación ha olvidado.

Es el reto de la tarea educativa. Lo lograremos siempre que:

- **El maestro se convierta en signo para el educando**
- **El discípulo llegue a ser reflejo maduro de la luz del Maestro**
- **1.- El maestro se convierta en signo para el educando**

San Agustín se sirve de la pedagogía mayéutica para ir sacando a la luz, desde el interior del discípulo, las respuestas verdaderas que quiere que descubra.

¹⁹ Id.

²⁰ Id.

¿Es, entonces, un manipulador el maestro? Nada más lejano a la concepción clásica de la educación. Los signos y las palabras exteriores que se dirigen a los oídos no tienen fuerza en lo íntimo del hombre. Los maestros no enseñan con ellas, aunque sí las necesitan para enseñar. ¿Qué queremos decir? Las palabras hieren los oídos (son algo material), son sólo signos, pero el maestro se sirve de ellas para invitar al discípulo a entrar en su interior y descubrir al verdadero Maestro que es el que, en verdad, le educa. En efecto, para los clásicos, el itinerario educativo se realiza en tres momentos: las palabras exteriores de los maestros, la reflexión interior del discípulo, la enseñanza interior del Maestro. El educador ha de invitar al educando a entrar en sí mismo para reflexionar y discernir sobre lo que es o no verdad, consultando a la Verdad por antonomasia.

De este modo, en realidad, nunca enseñamos desde fuera, puesto que no tenemos acceso al hombre interior, donde se realiza la unión entre la inteligencia y la verdad ya aprehendida. Hay, por tanto, una palabra exterior, una palabra interior, que engendra la inteligencia al conocer algo, y, finalmente, la Palabra absoluta, el Verbo de la vida, el Logos eterno. Sólo Él es quien enseña: “No os dejéis llamar maestros, pues uno solo es vuestro Maestro...” (Mt 23,10). San Agustín alude una y otra vez a esta idea en su obra *De Magistro*. Como educadores, no podemos dejar de dar nuestras palabras, pero dando siempre paso al Maestro interior.

2.- El discípulo llegue a ser reflejo maduro de la luz del Maestro.

¿Cómo lo consigue el discípulo? Siguiendo, en libertad, el proyecto existencial que le ha ofrecido el maestro y que busca desarrollar todas sus potencialidades: inteligencia, voluntad y corazón. Es decir, el maestro ha de enseñar a escuchar, reflexionar, querer y amar.

Educación en la escucha. Es el requisito previo a todo aprendizaje; así lo han entendido los grandes maestros de la antigüedad, desde Sócrates y Platón, hasta los rabinos hebreos y el mismo Jesucristo. Aquellos alumnos no tomaban apuntes, escuchaban a los pies del maestro y... aprendían. ¿Qué aprendían? ¿Lo que decía? Sí, por supuesto, pero también, y sobre todo, lo que él mismo era, lo que enseñaba con su persona.

Es importante escuchar porque nos ayuda a salir de nosotros mismos y significa que el valioso no soy yo, sino el otro; es el “sólo sé que no sé nada” socrático. Es preciso, para ello, ayudar al joven a salir de la ilusión de la autosuficiencia para descubrir y aceptar la propia indigencia, indigencia respecto a los demás y respecto a Dios²¹. Empecemos por enseñar a escuchar porque, si nuestros jóvenes no escuchan en el aula, será muy difícil que escuchen a Dios, cuando se pongan en oración. Y, si no escuchan, ¿cómo van a poder responder?

²¹ Benedicto XVI, Mensaje de Cuaresma, 2010.

Educación en la reflexión. Esta acción personal, propia de la inteligencia, no está bien vista, pero el educador sabe que aquí radica parte de la fuerza de la educación; implica renunciar a la prisa; es costoso, requiere una paciencia indómita, pero es presupuesto necesario para que los alumnos experimenten la alegría de descubrir la verdad. Cuando conocemos la verdad, nos es mucho más fácil vivir conforme a ella. Un peligro actual es vivir demasiado deprisa, sin tiempo para “contemplar”. Los antiguos reconocían que el comienzo de la sabiduría estaba precisamente en el asombro. Era preciso pararse para preguntarse y asombrarse. Bellamente lo expuso el cardenal Ratzinger al afirmar: “para transmitir la fe, hemos de enseñar a pensar, pero también a adorar, a pensar de rodillas para que nuestra inteligencia vuele más allá de sus propias posibilidades”²².

Fomentar una actitud crítica ante lo que se ha establecido como uso cotidiano es una valiosa contribución a la verdadera educación. “Trabajad, esforzaos para llegar a pensar bien”²³, aconsejaba Pascal. La reflexión es una de las mejores armas del hombre; facilita la adquisición de un criterio propio y consigue el encuentro del hombre consigo mismo, con los demás y con Dios.

Educación en la acción. Es verdad que la libertad es el objetivo de la educación: “Necesitamos educar para la libertad; pero, para hacerlo, hemos de ser conscientes de que el ejercicio de la libertad requiere una importante labor educativa previa”²⁴. Es evidente; las ideas sólo se entienden cuando se viven y en la medida en que se viven. Forjar la voluntad es tarea urgente. “No basta con pensar bien –nos advierte Aristóteles, en su *Ética a Nicómaco*-, hay que actuar a lo largo de nuestra vida, pues los que actúan rectamente alcanzan cosas buenas y hermosas y su vida es por sí misma agradable”.

En una sociedad, que rehúye por sistema todo lo que signifique esfuerzo, el joven parece regirse por el “me apetece, lo hago; no me apetece, no lo hago”. Es quizá la facultad humana más difícil de educar hoy porque, aunque no requiere más que de pequeñas renunciaciones, éstas han de ser continuas. “Es en la continuidad donde se dan a conocer las almas grandes”²⁵.

Educación en los sentimientos. “Educar el corazón debería ser la médula de toda pedagogía, en la familia, en la escuela [...] La educación del corazón es casi tan importante como la de la cabeza [...] porque el corazón impulsa a la acción”²⁶. Cabeza y corazón deben unirse para llegar a la armonía total de la persona; por separado, sólo cometen locuras.

2.- Llenar sus vidas de sentido

²² J. Ratzinger, *Convocados en el camino de la fe*, Cristiandad, Madrid, 2004, 21-22.

²³ *Pensées*, 347.

²⁴ J.M. Esteve, o.c., 179-180.

²⁵ T. Morales, *El ovillo de Ariadna*, Encuentro, Madrid, 1998, 68.

²⁶ *Id.*, 74;76.

➤ Búsqueda de sentido y presencia de ideales educativos

Viktor E. Frankl, el psiquiatra vienés, que, tras superar cuatro años en el campo de concentración de Auschwitz, escribe el libro *El hombre en busca de sentido*, dejó muy claro que sólo “quien tiene un porqué encuentra siempre un cómo” (Nietzsche). “En el campo de concentración, todas las circunstancias conspiran para conseguir que el prisionero pierda sus asideros. Todo [...] ha sido arrancado de cuajo; lo único que resta es ‘la última de las libertades humanas’, la capacidad de ‘elegir’ la actitud personal ante un conjunto de circunstancias”²⁷. Sólo si la vida tiene un sentido merece la pena ser vivida. Lo mismo le ocurre a la educación.

¿Qué sentido tiene la educación? ¿Cuáles son los verdaderos ideales educativos? Decíamos al comienzo que tal vez el primer mal de la educación es la ausencia de metas. La naturaleza de la educación supone siempre que el hombre es un ser inacabado e imperfecto, que camina hacia la perfección. Pero, si la educación se desvirtúa convirtiéndose en un simple auxiliar del mercado o en una institución competitiva, que prepara exclusivamente para el mundo laboral, pierde su sentido humano y comienza a fallarnos. Necesitamos hombres cultos, sin duda, pero, sobre todo, necesitamos hombres maduros.

No podemos olvidar que el hombre es un ser religioso por naturaleza y, si no lo abrimos a Dios, ya hemos comprobado multitud de veces, cómo se vuelve a la magia o a la astrología. Una vez más Benedicto XVI: “os pido que tengáis presente en la escuela la búsqueda de Dios, del Dios que en Jesucristo se nos hace visible. Sé que en nuestro mundo pluralista es difícil afrontar en la escuela el discurso sobre la fe; pero no basta que los niños y los jóvenes adquieran en la escuela únicamente conocimientos y habilidades técnicas, sin recibir los criterios que dan orientación y sentido a los conocimientos y a las habilidades. Estimulad a los alumnos a hacerse preguntas no sólo sobre esto y aquello –aunque sea ciertamente bueno-, sino principalmente, sobre dónde y a dónde va nuestra vida. Ayudadles a darse cuenta de que las respuestas que no llegan a Dios son demasiado cortas”²⁸.

Es decir, no puede haber educación verdadera -esa que lleva a plenitud toda la persona- sin que se produzca el encuentro personal con el Maestro con mayúscula. Nuestros alumnos nos piden respuestas “de sentido”, nos piden, de un modo u otro, que les mostremos a Cristo. Es imposible hacerlo sólo ilustrando sus inteligencias, necesitan “verlo”, encontrarse con su Persona. Paso previo, no hay duda, es que lo vean en cada uno de nosotros.

➤ Desde una educación finalística que apunta a lo trascendente

²⁷ Prólogo de Gordon W. Allport, en Viktor E. Frankl, *El hombre en busca de sentido*, Herder, Barcelona, 1994, 9.

²⁸ Benedicto XVI, *Celebración de las Vísperas en la catedral de Munich*, 10.IX.2006.

Alicia en el país de las maravillas. El libro de Carroll nos ayuda a explicar lo que queremos decir. Ustedes recordarán que en un momento del cuento el gato le pregunta a la niña: “¿A dónde vas?” Y ella le responde: “A cualquier parte”. “Entonces, da igual el camino que cojas”, le responde lleno de sensatez el animal.

Lo hemos oído hasta la saciedad. El problema de la educación hoy no es un problema de medios (nunca ha habido tantos ni tan excelentes), sino de fines. Perdemos de vista el fin de la educación si nos conformamos con la eficacia académica o –mucho peor– con el reconocimiento social. ¿Por qué hacemos lo que hacemos? ¿Para qué lo hacemos? Son las preguntas claves que han de orientar nuestra tarea.

Es cierto que la calidad de nuestros programas es importante, pero mucho más lo es que nuestros alumnos puedan encontrar en nuestros centros la belleza de la fe y aprendan a llevarla a sus vidas. No educamos si sólo nos limitamos a transmitir aspectos meramente técnicos y funcionales. La técnica es útil, pero de ningún modo, es esencial; con ella no se forma el espíritu²⁹. Si valoramos, sobre todo, contenidos, adquisición de competencias y habilidades, colaboraremos, sin lugar a dudas, a incrementar los valores intelectuales, pero será muy difícil que a su lado se desarrollen los espirituales. Es que ¿el joven así educado no va a poder abrirse a la idea de Dios? Quizá se abra, pero a una idea de Dios, al concepto intelectual de la divinidad, nunca un Dios cercano, humanado, con el que puede relacionarse en un tú a tú, que, en el fondo, es lo que necesita.

En nuestros centros de educación católica, los alumnos –o sus padres– ya han hecho una opción al elegirlos; han elegido a Jesucristo. Toda nuestra tarea educativa ha de ir encaminada a lograr no sólo que lo conozcan como a un personaje más de la historia, sino a que se encuentren con Él y ¡¡lo sigan de cerca!! El cristianismo, ha dicho muchas veces el cardenal Ratzinger, es un camino que sólo se entiende cuando se avanza por él.

III. ¿Educación y/o evangelización?

“Os he llamado para que deis fruto”, es la expresión evangélica con la que Domínguez³⁰ abre su reflexión sobre el vínculo indisoluble entre evangelización y educación. Anuncio, vocación personal y llamada a la santidad es el itinerario necesario para que ambas acciones eclesiales muestren sus frutos.

Si educar supone perfeccionar al hombre, llevarle a plenitud, suscitando en él la pasión por la verdad, la belleza y el bien, equivale a evangelizarlo. Ambas realidades colaboran al crecimiento completo de la persona y sólo, si caminan al unísono, podremos formar personalidades maduras y unitarias. Quizás el desafío

²⁹ Cf. J. M. García Ramos, “Los educadores a examen”, en L. Jiménez (Dir.), *Los educadores a examen*, Madrid, F.U.E., 2010, p. 23.

³⁰ Cf. Domínguez Prieto, o. c., 139.

mayor que tiene hoy la Iglesia es precisamente éste: educar evangelizando y viceversa, evangelizar educando.

“Sin educación no hay evangelización duradera y profunda, no hay crecimiento y maduración, no se da cambio de mentalidad y de cultura”, aseguró Benedicto XVI, al Rector Mayor de los salesianos de D. Bosco³¹. Será una realidad si nosotros, los educadores, somos conscientes de que nuestro testimonio personal e intelectual es indispensable, si logramos armonizar fe y razón, para que los alumnos puedan descubrir la unidad que existe entre todas las disciplinas. Será una realidad si no reducimos la enseñanza a mostrar fragmentos de la realidad, el que me toca a mí en esta clase. La escuela hoy más que nunca -afirma con rotundidad el profesor A. de Gregorio-, necesita metafísicos. Toda verdadera educación debería partir de este principio elemental: ¿Cómo contribuye esto que enseñe a un mejor conocimiento de lo que debe ser el hombre? Si los programas de las distintas asignaturas de un centro educativo se elaboran a partir de esta pregunta, empezamos a dar con la solución.

En este sentido, resulta de gran ayuda realizar nuestra tarea educativa en un centro confesional. Tal vez sea preciso en algunos casos llevar a cabo una reflexión profunda sobre la propia identidad, reorientar quizá el currículum de alguna asignatura, los libros de estudio o las excursiones programadas. No podemos ser ingenuos. Ni cualquier proyecto, ni cualquier metodología colabora a la formación integral de los alumnos. Ni mucho menos³². En la orientación de cada asignatura, en el estilo educativo de cada centro, existe una concepción del hombre y del mundo. La educación nunca es neutra. Ofrece un sentido de la vida u otro. Cada clase se puede aprovechar muy bien para responder a preguntas trascendentes de los estudiantes. Lo que sería terrible sería eludirlas porque pueden “comprometernos”. Los jóvenes necesitan nuestras razones, hoy más que nunca.

El verdadero educador evangeliza con lo que dice, pero, sobre todo, con lo que es. No podemos evitar transmitir valores, despertar sentimientos y emociones, provocar admiración o repulsa, suscitar seguidores o adversarios porque, aún sin pretenderlo expresamos convicciones. Es absurdo pensar que, por un lado, está la ciencia pura, neutral, y, por otro, nuestras convicciones privadas. No, nuestras convicciones se notan en clase (y, si no se notan, es que algo falla en nuestra coherencia de vida). Evangelizar, en definitiva, es vivir escuchando a Dios y dándolo a los demás. Nada más, pero también nada menos.

IV. Nuevos educadores

³¹ *XXV Capítulo General de la Sociedad de San Francisco de Sales* (1.III.2008).

³² Cf. E. Albuquerque, *Emergencia y urgencia educativa*, Editorial CSS, Madrid, 2011, 126-7.

La Nueva Evangelización no es un proyecto humano. Dios lo quiere y está con nosotros. Tenemos todas las de ganar. Los verdaderos responsables de la actual emergencia educativa somos los adultos. Si queremos contar con una nueva juventud en el mañana, es indispensable que nos esforcemos por encarnar en nuestras vidas esos ideales que queremos ver reflejados en nuestros alumnos. Nueva Evangelización, que no nos habla tanto de métodos como de vidas que sean testigos de la alegría que supone seguir con radicalidad a Jesucristo.

El testimonio de vida cristiana es la evangelización insustituible. Testigos de una nueva vida en Cristo que se caractericen por:

- **Sentido de urgencia.** ¿Si ahora no, cuándo? Si el no comprometerse siempre ha sido inaceptable, el momento presente lo hace aún más culpable³³.
- **Autoridad.** El falso igualitarismo ha dado al traste con el sentido de la autoridad, pero sin él no es posible educar. El maestro con autoridad es el que despierta en el educando el deseo de crecer, al ver su pobreza.
- **Sentido de responsabilidad.** “En la educación es esencial el sentido de responsabilidad: responsabilidad del educador, desde luego, pero también, en la medida en que crece en edad, responsabilidad del hijo, del alumno, del joven que entra en el mundo del trabajo.
- **Fidelidad amorosa a la Iglesia.** La identidad clara y firme da seguridad al evangelizador y al evangelizado. Si no tuviéramos un fuerte sentido de pertenencia eclesial correríamos el riesgo de ir a la deriva.
- **Alegría.** Es la parte humana de la gracia, generada por el encuentro con Cristo. Ha llegado el momento de sacudir los complejos y salir al mundo a contagiar nuestra fe por pura envidia.

V. Conclusión

Cristo es el verdadero Maestro, el único, en realidad. Es él quien educa de verdad y nos enseña el mejor método: Dios que se encarna, que entra en nuestra historia, que habla nuestro lenguaje y que desaparece (*exinanivit*) para enseñarnos a hacer lo mismo con los que tenemos a nuestro cargo³⁴. La tarea educativa no es fácil, desde luego, pero no podemos olvidar que la grandeza de nuestra fe es que Dios camina a nuestro lado. Él hace lo más importante, si de verdad nos ponemos a un lado y aprendemos, mostrando la belleza y la racionalidad de la fe, a llevar a nuestros discípulos a Dios con convicción y alegría³⁵.

³³ Cf. *Cristifideles laici*, n. 3.

³⁴ Cf. T. Morales, *Tesoro escondido*, Madrid, 125.

³⁵ Cf. *Discurso en la Asamblea eclesial*, Roma, 13.VI.2011.

Educar es acompañar, llevar de la mano con ternura a aquél que aún está creciendo y no puede soltarse, y ¡qué mejor mano que la que Dios tiende a nuestros alumnos! ¡Y qué mejor mano que la que sabe esperar, aún cuando los otros no saben o no quieren agarrarse!